

Conclusiones

El entusiasmo occidental por la caída del comunismo favoreció la desconsideración, o por lo menos un excesivo relajamiento, de los requisitos y las circunstancias que posibilitan la democracia. Sobrevino un menosprecio del cuerpo de conocimientos que incluye argumentos históricos como el de Barrington Moore sobre la centralidad del capitalismo en el desarrollo de la democracia y de planteamientos más esquemáticos basados en la teoría de la modernización, como el de una sociedad moderna dinámica pluralista (MDP) formulado por Robert Dahl.

El caso kirguís sugiere que una sociedad poco modernizada puede presentar factores favorables para ser candidato a la democracia, incluso pisar su umbral, pero no sostenerla. Por el contrario, dicha sociedad brindará incentivos al descenso al autoritarismo y a su profundización, es decir, a la erosión gradual de libertades y derechos políticos; especialmente si la riqueza económica es muy limitada y el componente poblacional rural es elevado, como en Kirguistán.

A pesar de que Dahl indica que “una sociedad MDP no es necesaria ni suficiente para la democracia,” sí enfatiza una fuerte correlación,¹ al igual que Moore al declarar contundentemente que “sin burguesía no hay democracia.”² Por tanto, no existe una lógica evidente para la denominación cuasi automática de Kirguistán como una “isla de democracia” a principios de la década de 1990. Así, resulta difícil concebir la atribución ingenua de virtudes proto-democráticas a formas claramente premodernas contraviniendo los postulados de Moore y Dahl. Simplemente, un

¹ Robert A. Dahl, *Democracy and Its Critics* (New Haven y Londres: Yale University Press, 1989), 253.

² Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (Boston: Beacon Press, 1990), 481.

atisbo relevante era la excesiva centralización de los países comunistas que los ubicaba en el extremo opuesto del espectro de las democracias capitalistas, lo cual no era un antecedente favorable para una dispersión del poder durante la vida independiente. En Kirguistán, esta estructura centralizada estuvo presente desde el periodo soviético, donde Moscú, a través del Partido Comunista ejercía los mecanismos de control,³ en connivencia con los clanes, que actualmente continúan dominando el escenario político y han inhibido el desarrollo de la sociedad civil. Aun cuando se alegara que ciertas tendencias democráticas de las culturas nómadas y la buena voluntad política de la nueva elite dirigente serían la base para el surgimiento de tradiciones cívicas, su potencial habría sido condenado por el contexto, el cual también constreñiría al modelo de gobierno adoptado tras la independencia.

Hasta antes del colapso soviético, un número muy pequeño de naciones había adoptado el modelo semipresidencialista. Sin embargo, por lo menos 11 de los 27 países que se formaron a partir del desmembramiento de la Unión Soviética adoptaron dicho modelo: Polonia, Lituania, Bulgaria, Georgia, Ucrania, República Eslovaca, Federación Rusa, Bielorrusia, Kazajstán, Turkmenistán y Kirguistán. De este grupo de naciones sólo las tres primeras se consideran democráticas, la cuarta y quinta parecen haber tomado recientemente la senda hacia la democratización, pero las otras seis se consideran democracias de fachada o no democracias.

Esta tesis ha destacado cómo el semipresidencialismo facilitó la construcción gradual del autoritarismo, evitando así una crisis de gobernabilidad o una quiebra democrática súbita. Asimismo, ha demostrado cómo las atribuciones que la Quinta

³ Peter Murrell, "How Far Has the Transition Progressed?" *The Journal of Economic Perspectives* 10, no. 2 (1996): 29-30.

República francesa otorgó al *guía* de la nación -que De Gaulle encarnó ejemplarmente- pueden contribuir fácilmente a la creación de súper-Ejecutivos sin escrúpulos o de sultanes veleidosos, como es el caso de Askar Akayev. No obstante, si bien el semipresidencialismo probó ser en extremo conducente al autoritarismo en algunas naciones ex-comunistas, el descenso al autoritarismo no fue estrepitosamente caótico ni pronunciadamente desestabilizador. De hecho, en la región transcaucásica y centroasiática esto podría llegar a considerarse una virtud del semipresidencialismo. Esto contrasta con el violento y precipitado descenso al militarismo que sufrieron en la década de 1970 varios países latinoamericanos regidos por el sistema presidencial.

Como se ha señalado, la política de clanes no favorece a la democracia, pero lo que resulta crucial enfatizar es que contribuye considerablemente a dispersar la representación en un diseño institucional que fue concebido para construir mayorías. La legitimidad popular que poseía Akayev durante los primeros años de su gestión ha caducado y actualmente su fortaleza se concentra en los clanes. Akayev ha sido hábil para pactar con ellos y obtener su apoyo, contrario a lo que los partidos políticos han logrado; además, la capacidad de éstos últimos para movilizar a la población ha sido mínima. Sin embargo, algunos países ex-comunistas que no tienen una estructura clanista están sufriendo el fenómeno de multipartidismo extremo que hace completamente disfuncional al semipresidencialismo. La política de clanes sólo hace este fenómeno más pronunciado al favorecer la alianza meramente oportunista entre partidos leales al gobierno alentada por los beneficios de la cooptación y al crear barreras adicionales al desarrollo de alianzas entre partidos de oposición basadas en distinciones de linaje y adscripción étnica. El tribalismo también enturbia el ambiente político pues

hace difícil distinguir entre una oposición al gobierno y una oposición a la distribución existente de privilegios y canongías. La democracia es improbable en un contexto en el que prevalece la estructura de clanes porque hace poco atractivo el ideal de intereses nacionales compartidos dada la predominancia de los intereses particulares e inmediatos de cada clan. Se trata de un fraccionalismo exclusivo cuyas membresías difícilmente experimentan traslapes y cuyos intereses no se prestan a la agregación.

Por otra parte, la transición kirguisa de un régimen totalitario a uno autoritario ha planteado nuevos riesgos y desafíos. Kirguistán enfrenta problemas de seguridad regional derivados de la situación de Fergana y de la lucha internacional contra el terrorismo. Además, enfrenta algunos peligros internos inherentes a su descenso autoritario y otros externos producto de la condición no democrática de los países vecinos.

Algunas de las necesidades de seguridad fueron definidas en 1992 por el general Janybek Umetaliev, jefe del Comité de Estado para la Defensa. Éstas incluían defender la integridad nacional, proteger los derechos de los ciudadanos, preservar el tejido social del país, resguardar los valores nacionales y la Constitución y la participación en acuerdos de cooperación y seguridad.⁴ Una preocupación primaria de seguridad para cualquier nuevo estado, especialmente uno multiétnico, es mantener la armonía social. Además, muchos de los problemas que enfrenta Kirguistán tienen dimensiones internacionales que requieren que la nueva entidad y los constructores de la nación tomen en cuenta los intereses y las posibles respuestas de los países vecinos hacia la conformación de sus políticas.

⁴ John Anderson, *Kyrgyzstan: Central Asia's Island of Democracy?* (Singapur: Harwood Academic Publishers, 1999), 87.

En teoría, la preservación de la armonía étnica, las bases para la consolidación del Estado-nación y el fortalecimiento de una identidad nacional sobre una de clanes están garantizados por la Constitución, pero en la práctica los ciudadanos no poseen el mismo estatus, ya que éste no es determinado por las prerrogativas constitucionales sino por la pertenencia a un determinado clan -lo que ya significa una escisión entre los propios kirguisos- y por el origen étnico, en el caso de las minorías, especialmente los uzbekos que alegan ser tratados como ciudadanos de segunda clase.

A pesar de que los soviéticos presumían que su sistema había logrado resolver uno de los más complicados problemas políticos, el reconocimiento étnico, y que en contraste con el imperio zarista que era una “cárcel de naciones”, ellos habían traído igualdad, prosperidad y armonía para las diversas poblaciones étnicas;⁵ en Kirguistán, las autoridades comunistas dejaron una herencia perversa al permitir que algunos clanes dominaran la vida política local, como una táctica de divide y gobierna o como un acomodo de las élites tradicionales.⁶ Con el arribo de Akayev la situación no mejoró y el llamado clan norteño ha sido ampliamente favorecido por él, lo cual ha agudizado la fragilidad de la armonía social, acentuado la ya muy profunda división nacional y no ha fomentado la desaparición o, por lo menos, reconciliación de las lealtades regionales, factores que serían un poderoso aliciente para la democracia. De hecho, Dahl ha advertido que la democracia tiene menos posibilidades de florecer en un contexto dominado por el pluralismo

⁵ Gail Warshofsky Lapidus, “Ethnonationalism and Political Stability: The Soviet Case,” *World Politics* 36, no. 4 (1984): 555, 557.

⁶ Pal Kolsto, “Nation-Building in the Former USSR,” *Journal of Democracy* 7, no. 1 (1996): 128.

subcultural⁷ y además existe el temor de que una guerra civil de clanes estalle en cualquier momento.⁸

De acuerdo con John Anderson, existe poca evidencia que confirme el separatismo sureño; sin embargo, el peligro de brotes subversivos secesionistas es serio. Varios políticos han propuesto diversos cambios administrativos. Por ejemplo, una simplificación de la estructura administrativa de la República y un programa que iguale los beneficios obtenidos por todas las regiones, para evitar que algunas se beneficien desproporcionadamente de los créditos estatales y extranjeros. Asimismo, el académico Turar Koichuev ha sugerido una nueva estructura de nombramientos que refleje el mérito y la habilidad en lugar de la pertenencia.⁹ Este esquema meritocrático claramente alude a los clanes y devela lo delicado de la cuestión de las minorías, especialmente de la uzbeca (la relación entre Uzbekistán y Kirguistán tiene gran potencial de provocar un conflicto armado) y de la eslava (cuya retención es crucial para el mejor funcionamiento administrativo y económico del país).

Además del potencial de un conflicto étnico, la agenda de seguridad kirguisa incluye cuestiones como el control del extremismo religioso, el combate de la criminalidad y el tráfico de narcóticos. Esta mezcla explosiva se concentra, principalmente, en el valle de Fergana. De acuerdo con Charles H. Fairbanks, “los estados débiles engendran criminalidad en lugar de pasividad. En algunos lugares, gente ordinaria se organiza espontáneamente para lidiar con los problemas de un estado débil como es la falta de servicios.”¹⁰ Lo anterior, en el caso de Kirguistán,

⁷ Dahl, *Democracy and Its Critics*, 254.

⁸ Kathleen Collins, “Clans, Pacts and Politics in Central Asia,” *Journal of Democracy* 13, no. 3 (2002): 149.

⁹ Anderson, *Kyrgyzstan: Central Asia's Island of Democracy?*, 41.

¹⁰ Charles H. Fairbanks, “Disillusionment in the Caucasus and Central Asia,” *Journal of Democracy* 12, no. 4 (2001): 54-55.

implica los problemas de seguridad regional derivados de la situación en Fergana, lugar que ha sido escenario y cuna de diversos grupos criminales y de movimientos sociales que utilizan medios violentos para protestar contra las cada vez más autoritarias medidas del régimen y su incapacidad para cubrir las necesidades básicas de la población.

Fergana, con su activismo religioso y proximidad al influjo ideológico de los conflictos de Tayikistán y Afganistán, fue identificado como el principal foco rojo de la región.¹¹ Sin duda, la solución de los conflictos de Fergana es un gran reto a lograr y requiere la cooperación regional y la ayuda internacional. Se tienen que resolver serios problemas de desempleo y pobreza e incluir a los habitantes de la región al resto del país; de otra forma, jamás se conseguirá la unidad nacional y el incremento de revueltas no ayudará en lo absoluto al proceso de democratización, ya que el gobierno continuará teniendo pretextos para esgrimir prácticas autoritarias como la suspensión de garantías o la ilegalización de grupos políticos con sólo sospechar de su condición subversiva.

La precariedad de las relaciones entre los países centroasiáticos no sólo ha postergado la resolución de la cuestión de Fergana, sino que los ha enfrascado en una nociva carrera por la consecución de alianzas con Estados Unidos, China y Rusia, particularmente. Para China, la intención de los países centroasiáticos de estrechar relaciones es sumamente conveniente, ya que lo considera como una garantía para contener el separatismo de Xinjiang. De igual manera, para Kirguistán la cooperación con el gobierno chino puede resultar muy provechosa, porque confía en la protección china para superar a Kazajstán y Uzbekistán. Sin embargo, apunta

¹¹ Kenneth Weisbrode, *Central Eurasia: Prize or Quicksand? Contending Views of Instability in Karabakh, Fergana and Afghanistan* (Oxford: Oxford University Press, 2001), 48.

Kenneth Weisbrode, existe un riesgo inherente al acercamiento sino-kirguís: en caso de que la situación en Xinjiang se complicara, los kirguisos se verían obligados a apoyar a China en el ataque contra los uigueros. De hecho, el asesinato de presuntos activistas uigueros en Bishkek en el año 2000 ha preocupado a los kirguisos sobre las lealtades de su propio gobierno hacia Beijing.¹² El gobierno kirguís no ha encontrado la definición certera de su interés nacional y de sus retos de seguridad externa y estabilidad interna. Akayev está utilizando mecanismos poco, o nada, efectivos para congraciarse con el exterior sacrificando la estabilidad interior. Por ejemplo, ha adoptado medidas anticonstitucionales, como la cesión de territorio a China sin el consentimiento parlamentario y está convirtiendo al país en un campo minado de etnonacionalismos por la represión emprendida contra la minoría uigura.

Las relaciones con Rusia son especialmente importantes, ya que incluyen propósitos de defensa. Así, en febrero de 2000, fue ejecutada la primera fase de ejercicio militar *Escudo Sureño 2000* -el mayor desde la independencia- uniendo tropas kirguisas, rusas, tayikas y kazajas. Ahora bien, Weisbrode señala que esta clase de acciones son un indicador preocupante, porque confirman que los militares centroasiáticos no han cortado todos sus lazos con sus contrapartes rusos. Por tanto, esta cooperación es un arma de dos filos, porque al elevar el estatus kirguís frente a sus vecinos provoca una escalada en las rivalidades interregionales.¹³

En el caso de la relación kirguisa con Estados Unidos se ha observado una excelente capitalización de Akayev de las preocupaciones estadounidenses acerca de movimientos radicales que puedan formar parte del renacimiento islámico. Asia

¹² Ibid., 52, 55-56.

¹³ Ibid., 59-60.

Central colinda con dos países medulares del movimiento radical islámico mundial: Afganistán e Irán. Sin embargo, apuntan Savant E. Cornell y Regine A. Spector, en lugar de ver las incursiones de extremistas islámicos en Asia Central como una causa de la actual inestabilidad, deben ser entendidas como indicadores de la complicada dinámica de la región. Esta dinámica involucra variables interrelacionadas, incluyendo el papel del islam en Asia Central, el reto de la pobreza regional y el tráfico de drogas, así como los efectos de la guerra de Afganistán.¹⁴ A pesar de que en Kirguistán el factor religioso, como se expuso en el Capítulo I, no representa un peligro desde el enfoque tradicional del fundamentalismo, el gobierno lo ha utilizado como la justificación ideal para coartar muchas libertades. Por ejemplo, debido a la mortífera guerra civil tayika que enfrentó a la antigua élite comunista contra una fuerza opositora que contiene fuertes grupos islámicos, el gobierno kirguís –como Uzbekistán, Turkmenistán y Kazajistán- ilegalizó partidos políticos con la sola sospecha de la posesión de un componente religioso. Lo que realmente se deseaba, y se logró, era frenar el desarrollo de la oposición política. También se ha censurado a la prensa argumentando “motivos de seguridad nacional”, especialmente a partir del inicio de la guerra internacional contra el terrorismo. La represión y la coerción se han convertido, como en los años de la Unión Soviética, en los componentes centrales de la política y más que prevenir la organización de movimientos disidentes la están provocando.

Excluir el renacimiento del islam del proceso político sería radicalizarlo y éste es un riesgo que Kirguistán aún puede evitar. Así, el gobierno uzbeko está

¹⁴ Svante E. Cornell y Regine A. Spector, “Central Asia: More than Islamic Extremists,” *The Washington Quarterly* 25, no.1 (2002): 194.

convirtiendo en realidad su temida pesadilla al identificar al islam con la disidencia política, canalizando el sentimiento antigubernamental en un islam politizado.¹⁵ Esta experiencia debería ser utilizada por Kirguistán para escapar de la misma trampa.

Por supuesto, no se está sugiriendo que se deba minimizar el potencial criminal de grupos como el Movimiento Islámico de Uzbekistán (MIU), conocido ampliamente por poseer bases en áreas controladas por los talibanes en el norte de Afganistán, tener conexiones con Osama bin Laden, ocupar posiciones importantes en Tayikistán, desde donde ha lanzado incursiones a Fergana, y controlar hasta el 70% de los estupefacientes que ingresan a Kirguistán. Sin embargo, no se deben inmolarse las instituciones y normas democráticas ni los derechos humanos, sino buscar mecanismos efectivos para hacer frente a estas organizaciones. Si se pretendiera incrementar el número de puestos fronterizos para reducir la permeabilidad de la frontera con Tayikistán es obvio que sería necesaria la ayuda internacional, debido a la precaria situación económica del país. No obstante, el propio gobierno kirguís ha condenado la obtención de apoyo, ya que ha sido negado por el incumplimiento de la cláusula democrática o por la malversación de fondos que algunos organismos internacionales han detectado al otorgar recursos gobierno kirguís.¹⁶

Otro problema para la seguridad nacional es el surgimiento de Hizb-ut-Tahrir (HuT) o Partido de la Liberación, grupo que ha logrado un apoyo considerable en Fergana, especialmente al ofrecer una voz opositora a los gobiernos regionales que normalmente exilian o encierran a miembros de este grupo y de otros partidos

¹⁵ Fairbanks, "Disillusionment in the Caucasus and Central Asia," 53.

¹⁶ En 2004, Transparencia Internacional otorgó a Kirguistán una calificación de 2.2, de acuerdo con el Índice de Percepciones de Corrupción (IPC), lo cual lo ubica en uno de los cuadrantes más corruptos. El puntaje del IPC se refiere al grado de corrupción percibido por empresarios y analistas. Las calificaciones oscilan entre 10 (muy limpio) y 0 (muy corrupto). Transparency International, "Table I: Corruption Perceptions Index 2004," octubre 29, 2004, <http://transparency.org> (visitado noviembre 20, 2004).

opositores. En la primavera de 2000, las actividades del HuT se intensificaron en el sur de Kirguistán. La juventud urbana relativamente educada parece ser uno de los principales elementos entre los miembros activos del HuT, quienes se enfocan en esparcir su mensaje entre la población rural pobre. En los últimos años, las autoridades kirguisas, uzbekas y tayikas han arrestado a varios cientos de presuntos miembros, pero al parecer están perdiendo la batalla. La popularidad del HuT está creciendo, de hecho se estima que el 10% de la población del sur de Kirguistán es miembro activo. Mientras el MIU se ha desacreditado ante el público por su perfil violento, el HuT se ha presentado como la única oposición viable para enfrentar a las élites gobernantes.¹⁷ La falta de fuerzas opositoras seculares, especialmente en Uzbekistán y Kirguistán, donde la mayor parte de la oposición está en la cárcel o en el exilio ha sido un factor importante para el rápido crecimiento del HuT. El apresamiento de la oposición puede tener un efecto contraproducente, ya que se impide la participación secular y se fomenta una de tintes religiosos, en ocasiones, radicales.

Cornell y Spector señalan que Asia Central es hogar de las más moderadas y tolerantes ramas del islam. La dificultad para los gobiernos regionales se encuentra en dibujar la línea entre los movimientos que buscan destruir el orden actual y aquéllos que pueden ser integrados. Actualmente, el umbral de la represión ha sido fijado en un nivel donde la mayor parte de las formas de oposición son consideradas desleales. Las reacciones oficiales a esta oposición alimentan el descontento y radicalizan a la oposición islámica. Ciertamente, un acercamiento más inclusivo ante los grupos moderados de oposición, en conjunción con el mejoramiento de la economía, podría prevenir la adhesión de miembros potenciales

¹⁷ Cornell y Spector, "Central Asia: More than Islamic Extremists," 200.

al HuT y a otros grupos. Si las condiciones económicas persisten o empeoran, el HuT podría expandirse mientras no sea detectado por las autoridades y podría tener un efecto desestabilizador al tener más miembros y volverse más violento.¹⁸ De acuerdo con expertos, la mejor manera en que los gobiernos centroasiáticos pueden combatir a los grupos islámicos es emprendiendo una liberalización política y reformas económicas. En el caso de Kirguistán, se ha sugerido la legalización del HuT y un posterior diálogo con el gobierno. De hecho, si el HuT se inserta en el sistema, su popularidad podría decaer.¹⁹

En el desolador escenario político de Asia Central, Kirguistán fue proclamado una “isla de democracia”, pero realmente nadie ejerció la tutoría que el nuevo estado independiente parecía demandar. Aun cuando el poder se concentraba en la figura de un hombre, Akayev, se comenzó a fomentar una sociedad civil, a promover la libertad de prensa, las asociaciones políticas privadas y una economía de mercado: parecía que los pilares económicos y políticos de la era soviética estaban siendo desmantelados.²⁰ Claramente se cometió un error de conceptualización, deliberado o no, sobre las capacidades del país para sostener la democracia y para hacer frente a los riesgos y desafíos que presupondría la transición. Se perdió la perspectiva de lo que Larry Diamond denomina el “espacio entre la realidad y la forma de la democracia”.²¹

Tras la independencia, Kirguistán no sufrió presiones reales para su democratización, porque de forma inmediata adoptó un marco constitucional

¹⁸ Ibid., 203.

¹⁹ Alisher Khamidov, “Islamic Radical Organization Steadily Increases Support Base in Kyrgyzstan,” Eurasianet, septiembre 5, 2004, <http://www.eurasianet.org/departments/insight/articles/eav090502a.shtml> (visitado octubre 26, 2004).

²⁰ Eugene Huskey, “Kyrgyzstan: The Fate of Political Liberalization,” en *Conflict, Cleavage, and Change in Central Asia and the Caucasus*, eds. Karen Dawisha y Bruce Parrot (Cambridge: Cambridge University Press, 1997), 242.

²¹ Larry Diamond, *Promoting Democracy in the 1990s* (Nueva York: Carnegie Corporation, 1995), 10.

relativamente ideal, emprendió una reforma económica y se comprometió a fortalecer las instituciones formales e incluso extendió dicho compromiso al fomento de la sociedad civil. Sin embargo, la embriaguez por la caída del comunismo que invadió a la comunidad internacional y a los propios kirguisos desembocó en un limbo de requisitos necesarios pero no suficientes para la democratización. Actualmente, la presión es requerida, pero al parecer no es posible, porque el *patrocinio* para la democracia que apareció cuando cayó el enemigo, el comunismo, se ha esfumado ante la aparición de otro enemigo, el terrorismo.